

XXXIII Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2017

EL RÍO DE LOS SUICIDAS
CONCHA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

ACCÉSIT

El 14 de Julio de 2017,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Fernando Sánchez Dragó, Antonio
Parra Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, José Cantabella Miras y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima
tercera edición al cuento titulado El río de los suicidas,
de Concha Fernández González.

Concha Fernández González, nació en Ciudad Rodrigo. Cursó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid y de Creación Literaria en la Escuela de Letras. Actualmente trabaja como colaboradora de la editorial Literaudio para la que ha desarrollado y escrito una colección de cuentos infantiles bajo el nombre de Musicolandia.

Sus inquietudes literarias le han proporcionado más de ciento veinte premios. Caben destacar entre ellos el "Ciudad de Irún", "Manuel Díaz Luis" y "Café Bretón" de novela y el "Ciudad de Tudela" "Alfonso Martínez Mena", "Ciudad de Marbella", "Ciudad de Torremolinos", "La Rebotica", "Leopoldo Alas Clarín", Ciudad de Vinaròs", "Aller", "Vida y Salud", "Ciudad de Leganés", "Casino Obrero de Béjar", "Los Cuentos de la Granja" y "Paraules d'Adriana" de relato corto.

Así mismo ha publicado las novelas tituladas "El último chachachá", "Lo que queda de camino" y "Al otro lado del tabique" y varios relatos en volúmenes conjuntos.

EL RÍO DE LOS SUICIDAS

Aquel río parecía un río semejante a todos los demás, pero encerraba en la profundidad de sus aguas un secreto: cientos de suicidas reposaban en su fondo, quizá contándose los motivos de tan dramática decisión; quizá descansando juntos, en silencio, para toda la eternidad.

El barquero Huan Yue reposa en la litera de su barcaza –que es también su vivienda- amarrada en una orilla del río Yangtze. Después de haber esperado un día más una visita que no ha llegado, examina el manojo de pasquines pendientes que los familiares de los suicidas le han ido dejado. Huan Yue tiene un oficio impensable en el mundo occidental: rescatar los cuerpos de los suicidas que terminan con su vida arrojándose al caudaloso río. Huan Yue, pues, no pesca peces como sus vecinos. Él es pescador de difuntos.

En la provincia china de Chongquin, situada en el alto cauce del río Yangtze, ésta es una profesión muy lucrativa. Huan Yue lleva 20 años con este trabajo. Antes de él lo tuvo su padre y, antes de su padre, su abuelo. Se podría decir que el oficio se hereda de generación en generación y que nadie se cuestiona si debe, o no, ser así.

Huan Yue vive sin dramatismo su siniestra profesión. Su barcaza es su vivienda, su medio de trabajo y su oficina. Todo en uno. En ella recibe a los parientes que buscan a sus allegados, sospechando un suicidio nunca anunciado, pero sí temido. Allí, en ese pequeño espacio, mecidos por el río y acuciados por el trasiego continuo de lanchones y gabarras, los familiares van desgranando los rasgos físicos del posible finado, su estatura, la ropa que llevaba puesta cuando le vieron por última vez, las marcas de nacimiento, el color del pelo y cualquier dato que pueda ayudar al pescador de suicidas a recuperar su cuerpo. El precio del encargo es variable y se establece en función del poder adquisitivo que éste detecte en sus clientes. El trato se cierra tomando un vaso de huangjiu, un licor destilado del arroz.

Mientras Huan Yue repasa la lista de los encargos sin resolver, aparece en la entrada de su casa flotante una silueta que, con la sombra que proyecta el sol del atardecer, parece majestuosa. La figura pide permiso para entrar y Huan Yue le hace un gesto invitándole a pasar, al tiempo que se incorpora en su litera. Una vez dentro, la figura pierde su aire de majestuosidad y se convierte en un hombre de estatura media y ojos sagaces en un rostro duro y sombrío.

Huan Yue le invita a sentarse en una silla desportillada, pero que conserva todavía sus cuatro patas y un precario respaldo. El visitante hace una inclinación de cabeza a modo de saludo y se acomoda, erguido, sobre el rudimentario asiento. Su mirada penetrante parece querer diseccionar la personalidad del barquero. A Huan Yue le incomoda su actitud, pero la ignora. A veces, los allegados de los suicidas llegan a él con una cierta desconfianza que van perdiendo a lo largo de la negociación, cuando perciben que hablan con un profesional que conoce bien su oficio. Huan Yue no tiene prisa, esperará, aunque le llama también la atención que el rostro de su visitante carezca de los síntomas habituales en sus clientes: perplejidad, sentimiento de culpa y pena.

Por alguna extraña razón, los allegados de los suicidas creen que son culpables de no haber prevenido el terrible desenlace de sus seres queridos y se mortifican, cuando no se culpan directamente, por no haber sabido ayudarles.

El hombre sentado frente a Huan Yue se presenta como Zhao y no parece sentirse culpable, ni siquiera abatido. Más bien su semblante es de desafío, no sabe si a la muerte, si al familiar que ha emprendido el camino del suicidio o si a él mismo por su macabra profesión.

Tras varios segundos de un espeso silencio en los que el barquero aguarda pacientemente a que su interlocutor encuentre el momento oportuno para contarle su drama, éste, por fin, se decide a hablar:

- He venido a pedirle que recupere el cadáver de mi esposa.

Después de pronunciar esas once palabras, parece que se relaja.

El visitante deja vagar su mirada por el río y permanece un rato absorto en el discurrir de la corriente.

En la orilla opuesta, un poco más abajo, el río hace un meandro donde, según todo el mundo sabe, se quedan remansados a veces los cuerpos de los suicidas. Huan Yue cree que el desconocido está intentando adivinar si en este momento hay allí alguno y, si ese alguno, se corresponde con el de su esposa y, ofreciéndole un vaso de licor de arroz, le tranquiliza.

- Estos días la corriente ha sido muy débil y no ha arrastrado ningún resto. Hay que ir río arriba para encontrar algo.

Zhao asiente con la cabeza, da un trago largo a su vaso de licor e introduce una mano en el bolsillo de su chaqueta extrayendo una nota que le tiende

al barquero. “Mi corazón ya no es mío y no puedo seguir viviendo”, lee en voz alta Huan Yue.

- ¿Qué quiere decir? – le pregunta al marido.

Éste mira al barquero sin verle, como si fuera transparente. Luego da un nuevo trago al vaso de huangjiu, levanta los hombros y dice:

- No lo sé.

Huan Yue ha leído en su larga vida de pescador de difuntos muchas notas de suicidas. Casi todas contenían palabras de despedida; algunas, las menos, súplicas de perdón. Hasta el momento, nunca había visto ninguna tan enigmática como la que tenía delante.

Rellena de nuevo el vaso de su cliente y se sirve él también. Ha llegado el momento más doloroso del trato comercial: la descripción de los rasgos del finado y la fijación del precio del rescate de sus restos.

Zhao comienza a desglosar con la precisión de un forense los rasgos de su esposa. Mientras tanto, Huan Yue va componiendo por medio de las palabras de su cliente la imagen de una mujer delicada y hermosa. Cuando termina su descripción, extrae una fotografía de su cartera y se la entrega al barquero.

-Seguramente –dice- cuando usted la encuentre no tendrá este rostro, pero quiero que, a pesar de ello, pueda imaginarse lo bella que era.

El barquero toma la fotografía y, al verla, no puede evitar un sobresalto que le hace caer, sin querer, sobre su litera.

Desde hace seis meses, en la negrura de su día a día, se ha colado un mágico espacio de tiempo. En él, su sórdido mundo desaparece y asoma como una aparición un ser angelical. Ese ser es una mujer a la que rescató de las aguas. Huan Yue recuerda que fue la primera vez que sacó de la corriente un cuerpo vivo en lugar de un cadáver.

Se da cuenta de que su cliente se ha levantado de la silla, se le ha acercado y le mira inquisitivamente. El barquero recupera inmediatamente la compostura e inventa una excusa para su inesperado malestar.

La tarde ha desaparecido lentamente cubriendo el interior de la barcaza de un lienzo de brumas. Las mismas que cubren la mente del barquero cuando despide a Zhao después de haber fijado el precio del encargo.

Mei no entendía por qué la gente se suicidaba, pero sí comprendía el trabajo de Huang Yue. El día que fue rescatada del río tiritaba de frío y de miedo. Sus labios estaban amoratados y su piel pálida. Tenía el pelo pegado a la cabeza y las ropas al cuerpo. Sobre su rostro, las gotas de agua se confundían con las lágrimas. Huan Yue iba a cubrirla con la manta con la que envolvía los cadáveres que encontraba, pero, en el último momento, entró a su cubículo para coger una de su cama. Se la puso sobre los hombros y frotó sus brazos para que entrara en calor. Aquel gesto era totalmente inapropiado. En los códigos sociales chinos el contacto físico sólo se acepta en muy contadas ocasiones y, desde luego, aquella no era una de ellas. Luego le ofreció una taza de licor caliente que ella bebió por completo.

Cuando la mujer logró recuperarse un poco, le dijo que se llamaba Mei y que había caído accidentalmente al río desde el puente de “Los Pasos Perdidos” mientras contemplaba un cisne blanco y uno negro que parecían interpretar una danza nupcial. Después, la corriente la había arrastrado río abajo y estaba ya tan exhausta cuando la encontró el barquero que creyó que moriría.

Huan Yue la escuchaba sin pestañear. El timbre de su voz era tan musical y su pronunciación tan dulce que pensó que podría pasar el resto de su vida oyéndola hablar. Cuando fue recobrando el color también se dio cuenta de la gran belleza de sus facciones. Su piel era nacarada y sus ojos rasgados albergaban la magia de las noches sin luna. Cuando la mujer se sintió con fuerzas quiso regresar a su casa, no sin antes proponerle una compensación económica al barquero por haberle salvado la vida. Huan Yue se negó a aceptar cualquier tipo de gratificación. A cambio, se atrevió a pedirle que le regalara cada tarde unos minutos de su compañía. Este gesto –dijo- aportaría a su vida un poco de belleza y le haría olvidar la fealdad de su oficio. La mujer aceptó.

Huan Yue tiene los ojos prendidos en la fotografía que acaba de dejarle su cliente. Piensa en las contradicciones de la vida. Mei no aceptó nunca entregarle una fotografía suya y, sin embargo, ésta había ido a parar a sus manos por medio de su marido. La aprieta contra su pecho y quiere llorar, pero no puede. El horror de la muerte ajena le ha hecho inmune a las lágrimas, aunque no al dolor. Si no fuera así ahora mismo no estaría desgarrado por dentro como si un cuchillo afilado estuviera despedazando cada uno de sus órganos con lentitud y con saña.

A partir del día de su rescate, Mei cumplió su promesa y acudió cada tarde a su cita con Huan Yue. Al principio daban un corto e inocente paseo por la orilla del

río y Mei se interesaba por la profesión del barquero sobre la que sentía curiosidad. Huan Yue entonces desgranaba con minuciosidad su día a día. Le hablaba de su dedicación, de cómo comenzaba a las cinco de la mañana a otear las aguas del río en busca de cadáveres que rescatar. Le contaba la emoción que le producía encontrar algún cuerpo que poder devolver a la familia. Le explicaba cómo durante toda la jornada se movía arriba y abajo, escudriñando recodos, bancos de arena y vegetación para intentar recuperar los restos que se deslizaban entre las aguas, silenciosos y solitarios. Terminaba enorgulleciéndose de lo valiente e intrépido que había que ser para realizar su trabajo, pero le ocultaba lo desagradable, repugnante y sucio de su labor.

Mei le escuchaba con atención sin perder detalle, pero su curiosidad era insaciable, siempre quería saber más. ¿Qué se sentía al enfrentarse con un cuerpo sin vida?, ¿qué motivos creía él que llevaban a una persona a quitársela?

El barquero trataba de darle respuestas, pero tampoco las tenía. Él mismo se había cuestionado muchas veces sobre el suicidio. No lo comprendía. ¿Qué era más poderoso que el instinto de supervivencia? ¿El miedo?, ¿la pena?, ¿la desesperación?, ¿el dolor? China había figurado hacía algunos años como uno de los países con mayores índices de suicidio y, según estadísticas oficiales, cada dos minutos un chino intentaba quitarse la vida. Casi 300.000 lo conseguían cada año.

Huan Yue se tumba en su litera y trata de borrar de su mente sus torpes pensamientos. No entiende cómo Mei ha elegido el suicidio cuando tantas veces le había transmitido que no lo entendía. Ella era una mujer vital y optimista que no reunía ninguno de los rasgos característicos de un suicida. Pero, ¿cuáles eran estos rasgos?, se preguntaba. Había oído mil veces decir a los familiares que nunca habían detectado nada, que no habían advertido signo alguno que les hiciera pensar en un desenlace tan inesperado. Ahora, su querida Mei flotaría por el río como el resto de cuerpos y, cuando pudiera recuperarla, su belleza se habría diluido como se diluyen los sueños.

Aquellos paseos y aquellas conversaciones un poco metafísicas para alguien con una cultura básica como era la suya se fueron transformando en algo más íntimo, más cercano y un día se descubrieron amándose de manera salvaje entre las tablas desportilladas de su litera, rodeados del desagradable olor de la muerte. Nada de eso les importó.

Las citas diarias eran cada vez más excitantes y Huan Yue vivía sólo para ellas. Abandonaron los paseos y se centraron en disfrutar de un sexo rabioso y desenfrenado, rápido e irracional, como si en cualquier momento aquel paraíso sórdido e inesperado pudiera desaparecer. Mei se entregaba a él cada tarde de manera totalmente desinhibida, permitiéndole que disfrutara sin recato de cada palmo de su piel y de cada pliegue de su cuerpo de mil maneras diferentes, gritando, mientras tanto, de deseo y de placer.

Huan Yue siente una erección al recordar esos momentos y se maldice por no estar roto en mil pedazos, por seguir vivo y por no empezar en ese mismo instante a intentar recuperar el cadáver de la única mujer a la que ha amado y que le ha amado sin condiciones.

Tres días atrás Mei dejó de acudir a su cita diaria. Huan Yue no comprendía el motivo. No había observado ninguna señal que indicara que se había cansado de él. Lo achacó a algún contratiempo puntual y esperó con impaciencia su regreso. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no la conocía. Mei siempre mantuvo en un profundo secreto cualquier dato relacionado con su vida privada. Nunca le contó nada de ella, ni le confesó que estuviera casada y, mucho menos, le expresó la intensidad de sus sentimientos. Tampoco él se lo preguntó. Si Mei no volvía no podría encontrarla. Este pensamiento le llenó de cólera contra sí mismo, pero no le dio una solución. Para engañar al tiempo seguía manteniendo su rutina diaria y, a la hora acostumbrada, volvía esperanzado a su orilla, amarraba su gabarra y confiaba en su retorno. Sólo la noche le sacaba de su estupefacción y le devolvía la certidumbre de que ese día ella tampoco vendría. Ahora, abrazado a la fotografía en blanco y negro donde aparece una Mei sonriente y llena de vida, comprende el verdadero motivo de su ausencia y esa certidumbre le rompe el corazón.

Ha pasado una semana desde la visita de Zhao y Huan Yue ha escudriñado, sin descanso, el lecho del río Yangtze. Sabe por experiencia que cuanto más tiempo pase, más deteriorado encontrará el cuerpo de Mei. Este pensamiento le tortura. Toda la fortaleza y el valor que demuestra cuando rescata cadáveres ajenos le falta en el momento actual. Tiene pánico de encontrar unos restos deformados y, quizá, devorados por los peces, pero también tiene pavor de no encontrarla y que descanse para siempre en el lecho del río sola, sin tumba, sin rezos, sin flores... Es consciente de que, cuando encuentre a Mei, no se la devolverá a su marido, nunca ha tenido intención de devolvérsela. La enterrará en un lugar sólo conocido por él para que siga siendo suya. Limpiará el cadáver, le espolvoreará talco y le vestirá con

la mejor ropa que pueda conseguir. Luego le cubrirá la cara con una tela amarilla y el cuerpo con una celeste. Finalmente colgará sobre la puerta de su barcaza un lienzo blanco y colocará un gong a la derecha de la entrada en señal de luto. Actuará como si Mei le perteneciera, igual que le pertenecía cada tarde y nada ni nadie se la podrá arrebatar.

Hace ya un mes que Zhao, el marido de Mei, visitó al barquero. Desde entonces, disfruta observando cada tarde desde el puente de "Los Pasos Perdidos" - una alta pasarela de madera con barandillas pintadas de rojo en las que hay labrados dragones, aves fénix y urogallos- las incansables idas y venidas por el río del barquero Huan Yue. Sabe que, por mucho que se esfuerce, no encontrará nunca el cadáver de su esposa y siente un morboso placer contemplando cómo el remero descarta cualquier despojo humano que no se corresponda con los rasgos de Mei y prosigue tenazmente su frenética búsqueda. También sabe que no le mueve la recompensa económica, sino el amor. Este pensamiento le araña durante un instante por dentro, pero se recompone en seguida. Al fin y al cabo su mujer, después de haber sido sorprendida en su flagrante infidelidad, le espera sumisa cada día en casa, sin posibilidad de poner a su siniestra venganza ninguna objeción.

